

Kenzaburo Oé

La paternidad y otras inquisiciones

ALEJANDRO TOLEDO

De Kenzaburo Oé, premio Nobel de literatura 1994, tenemos algunos datos dispersos y un acercamiento reciente. Vayamos primero a los datos. Nació el 31 de enero de 1935 en Ose, isla de Sikoku, en el suroeste de Japón, como hijo de una familia samurai latifundista. Sus lecturas de juventud las llevó a cabo, sobre todo, en inglés y francés. Las novelas de Jean-Paul Sartre fueron el tema de su tesis de graduación en la Universidad de Tokio. La Academia sueca encuentra en sus libros la presencia de Dante Alighieri, Rabelais, Balzac y Eliot. Habría que agregar a esta lista otros nombres occidentales: Apollinaire, Henry Miller y Hemingway. A los 23 años, es decir en 1958, ganó el premio Akutawaga por *La captura* (hay una inencontrable edición mexicana de 1976 de este relato, en *Extemporáneos*, traducido por Oscar Montes). Ese de 1958 es también el año en que apareció su segundo trabajo novelístico: *Recojan las flores, dispáren a los niños*. Otras novelas suyas pueden ser nombradas y fechadas (si confiamos en las agencias internacionales y los cables que dispersaron por el mundo a partir del jueves 14 de octubre de 1994 en que el Nóbel fue decidido): *Diecisiete* (1961), *Un joven que vino demasiado tarde* (1963), *Una cuestión personal* (1964), *El juego del siglo* y *El grito silencioso* (ambas de 1967). Hay otro dato, éste inverosímil: en 1975 estaba registrado en la planta de profesores de literatura de El Colegio de México. Un dato más: Atsuko Tanabe no lo incluye en su *Antología del cuento japonés moderno y contemporáneo* (1985), titulada en una segunda edición *Cuento japonés del siglo XX: breve antología* (1987), cuando pudo haber estado en la sección final de "Nuevo erotismo", al lado de sus contemporáneos Matsuko Ikeda (n. 1934) y Ayame Nara (n. 1935). Ya aquí tenemos un elemento que define a Kenzaburo Oé y lo relaciona con otros autores japoneses de su generación: el erotismo. Henry Miller particulariza el terreno en el que crecerá esa singular llama erótica: "Aunque profundamente japonés, el territorio de esperanza y desesperación que abarca Oé lo convierte en un legítimo continuador de Dostoievski".

Muchos autores de Occidente parecen encontrar armonía en la obra del premio Nóbel. Un espejo más cercano a ese calidoscopio puede darlo la propia escritura de Henry Miller, influencia acaso entrevista en el párrafo siguiente de *Una cuestión personal*:

Bien entrada la noche, Bird e Himiko hicieron el amor largamente en la oscuridad. Lo hicieron en silencio, sin interrupciones, como dos animales perfectamente acoplados. Para ellos, el sexo ya formaba parte de la vida cotidiana. Bird tenía la sensación de llevar casi un siglo haciendo el amor con Himiko, y ella alcanzaba varios orgasmos cada vez. Los genitales de Himiko ya no representaban ningún peligro para Bird, su vagina ya no era algo inescrutable, sino la simplicidad misma, una bolsa de suave resina sintética de donde no podía surgir ninguna bruja para atormentarle. Se sentía en paz.¹

Una cuestión personal

La biografía de Kenzaburo Oé es una llave de acercamiento a su narrativa. El nacimiento en 1963 de su primer hijo, Hikari, con una aparatosa hernia cerebral que lo hacía verse como un monstruo de dos cabezas, es el percutor de *Una cuestión personal*, hasta hace poco el único libro del premio Nóbel que circulaba en castellano. El japonés construye a partir de ese incidente de su vida un estudio de las diversas formas de la anormalidad que pueden convivir en el Japón moderno.

Un primer malentendido por aclarar es el carácter biográfico de la novela. Ocurre igual en los relatos del uruguayo Felisberto Hernández: éste toma siempre como punto de partida esa circunstancia del pianista que va de pueblo en pueblo negociando y ofreciendo conciertos, pero los hechos narrados no pertenecen necesariamente al terreno de la realidad. La "primera persona" no le da voz a Felisberto Hernández: es un alter ego, si se quiere; un ente ficticio, por tanto.

El protagonista de *Una cuestión personal* no tiene nombre pero sí apodo: Bird. La relación que este profesor de inglés podría tener con su creador (la "tercera persona" que cuenta la historia), acaso quede explicada de algún modo por la teoría del universo pluralista que en la novela expone Himiko, la amante de Bird. Ella cree que los hombres existen bajo diversas formas en numerosos universos diferentes. El cruce de caminos de esos universos ocurre en los momentos de crisis: una decisión tomada excluye aparentemente la otra posibilidad, pero ésta ocurre en ese segundo universo. Una sola vida, así, se ramifica: "En otras palabras, en torno a cada uno de nosotros surgen varios universos, tal como las ramas y las hojas se bifurcan y se alejan del tronco.(...) El mundo que un hombre deja atrás cuando muere muy joven, y el mundo en el que se libra de la muerte, siguen coexistiendo... Los mundos que nos contienen se multiplican continuamente".²

El novelista Kenzaburo Oé se encontró frente a la situación de ver nacer a su primer hijo con una hernia cerebral; imaginó tiempo después al personaje Bird en esa misma circunstancia. Un solo hecho caminó en dos direcciones: la de la realidad y la de la imaginación. La escritura fue para Kenzaburo Oé un exorcismo, reflejo y alejamiento de sus temores más hondos; en él, al parecer, la paternidad era deseada y nunca fue puesta en duda. Esto no le ocurre a Bird: su sueño no es tener esposa e hijos y vivir por siempre felices. El matrimonio y el embarazo de su mujer han sido para él accidentales. Lo que en verdad desea es un viaje a África; por ello colecciona mapas Michelliff y lee novelas que ocurren en ese continente.

Pensemos entonces en *Una cuestión personal* como universo paralelo (como le gustaría decir a Adolfo Bioy Casares) de la biografía de Kenzaburo Oé. En Japón, a ese curioso montaje entre el libro de memorias y ficción le llaman "shishosepsu": los libros de Felisberto Hernández son entonces "shishosepsus", mezclan lo real y lo imaginario, construyen a partir de algo cierto para crear un inmediato diálogo con el lector, una inmediata cercanía.

El primer tema que plantea el "shishosepsu" de Kenzaburo Oé es el de la paternidad, para el protagonista una vía llena de temores. Lo que recuerda al poeta Horacio, en la evocación

que de 61 hace el nicaragüense Salomón de la Selva: "¿Qué dolor hay más grande/ que el de mirar al hijo en el fracaso?". O mejor: "El, Horacio, nunca/ engendraría un hijo./ Su tormento con él perecería". Bird vive el matrimonio como una prisión y siente que el inminente nacimiento de su primer hijo le dará una especie de cadena perpetua.

El futuro es algo que no decide ni controla. Se deja llevar, y su refugio es el escape soñado a tierras africanas. No quiere ser padre pero no ha hecho nada para no serlo.

El creador se desentiende de su hijo, sufre y se arrepiente de traerlo al mundo. Lo rechaza cuando lo descubre informe. Acude al alcohol y a la gracia erótica, como una vuelta suya a la condición de feto. El hijo monstruoso sigue ahí, revitalizándose en el hospital. No muere como espera el padre. Bird atenta contra la vida del pequeño: lo entrega a un médico abortista. Pero... El final de la historia ha sido cuestionado, aunque el autor dio sus razones: su vida y la de Bird tenían muchos rasgos en común, y condenar a uno sería acaso condenar-se él mismo. Además, es el hijo discapacitado el que parece observar desde la tercera persona la marcha del padre en el laberinto existencial, en la pesadilla kafkiana de burocracias hospitalarias, en la casa de los enfermos que es la vida cotidiana. Es el niño el que desde su distancia del mundo podría decir, invirtiendo el sentido del poema salomónico: "¿Qué dolor hay más grande/ que el de mirar al padre en el fracaso?".

Vuelta a la anormalidad

"Quisiera irritar al lector, provocarlo, despertarlo, sacudirlo. También quisiera guiarlo por la anormalidad escondida en el fondo de cada ser humano que vive una pacífica vida cotidiana", dice Kenzaburo Oé. Una cuestión personal se lee así como una guía Michelin que nos conduce por las muy comunes anormalidades de la vida contemporánea. El ser que nace con una hernia cerebral, "con la cabeza vendada como Apollinaire", es el personaje menos monstruoso de la historia. El catálogo de rarezas es impresionante. Mencionemos por ahora al director del hospital, que no puede reprimir su risa cuando tiene al deforme recién nacido entre las manos o habla más tarde de éste como "la cosa":

Inesperadamente, los gruesos párpados del director enrojecieron y prorrumpió en una risita infantil. Bird había intuido algo peligroso bajo la piel peluda, y ahora supo que era esa risita que, antes de manifestarse, se revelaba como una sonrisa vaga. Lanzó al sonriente doctor una mirada airada, pero se dio cuenta de que reía porque se sentía incómodo: había extraído de entre las piernas de la mujer de otro hombre una especie de monstruo inclasificable.³

Ese recurso de hacer aparecer un rompimiento que luego destruya la imagen positiva que se tiene de la realidad social, Kenzaburo Oé quizá lo haya tomado de Franz Kafka y La metamorfosis. El despertar de Gregorio Samsa convertido en un escarabajo es también un nacimiento. Su animalidad física develará en sus familiares una animalidad psicológica profunda, que avanza en crescendo hasta ver muerto a su semejante. Gregorio Samsa, escribe Vladimir Nabokov, "es un ser humano bajo un disfraz de insecto; sus familiares son insectos disfrazados de personas". Imaginemos la novela de Kenzaburo Oé como La metamorfosis contada desde el punto de vista del padre: tenemos la vida de un pobre diablo

que lucha contra sus propios fantasmas, que cree abrir puertas cuando sólo abre ventanas que dan hacia unos espejos en los que mira a su hijo con-vertido en monstruo.

Después de que fue dada a conocer la noticia del premio Nóbel, quienes han escrito sobre *Una cuestión personal* que, luego de tomada la decisión de que su hijo debía morir, Bird se sumerge "al submundo de Tokio don-de comienza tres días de una orgía de alcohol y sexo", leyeron otra novela. Bird acude sí a los brazos de Himiko, antigua compañera suya de la universidad, que vive en duelo de alcohol y sexo por el suicidio de su marido. Lo de Himiko es una compulsión surgida del golpe, pero ella también es un ser en busca de explicaciones y salidas. Su casa, en la que se refugia Bird, lejos está de ser un "submundo": Himiko es más bien un mundo que se le abre y al que él no sabrá acceder. El abrazo amoroso al que se entregan por tres días será una catarsis a la vez oscura y salvadora, refugio y huida para ambos. Ella cumple por él (y para él) el sueño de viajar a Africa. El asume, por fin, la paternidad.

El final feliz de *Una cuestión personal* no es la vuelta al orden sino el reencuentro con esas vidas sin atributos que crea la modernidad, la inevitable toma de conciencia de sus propias anormalidades: ese reconocimiento es el único piso que tienen los personajes para poder crear, en el futuro, nuevos modos de convivencia.

Se detuvieron a esperar a las mujeres y entonces Bird miró a su hijo, acunado en brazos de su esposa. Intentó reflejar su imagen en las pupilas del bebé, pero fue tan minúscula que Bird no pudo confirmar su nuevo rostro. En cuanto llegara a casa se echaría un vistazo en el espejo.

No obstante, el algún "universo paralelo" Himiko y Bird entregaron el niño a la muerte y cumplieron, juntos, el viaje libertador por el continente africano, para seguir siendo, por siempre, infelices.

1. *Kenzaburo Oé, Una cuestión personal, Anagrama, Barcelona, 1989. Traducción de Yoonah Kim, pp. 157-158*

2. *Ibid, p. 60*

3. *Ibid, p. 29*

4. *Ibid, p. 189*